

CARLOS ANDREU

NUEVA
EDICIÓN

DEL ATAÚD A LA COMETA

LAS PERSONAS FELICES
NO NACEMOS, NOS HACEMOS

MÁS DE 10.000
EJEMPLARES VENDIDOS



alienta
EDITORIAL

Carlos Andreu

Del ataúd a la cometa

Las personas felices no
nacemos, nos hacemos

ÍNDICE

NOTA A LA NUEVA EDICIÓN	11
1. INTRODUCCIÓN	13
2. LA VIDA COMO RECORRIDO.....	27
3. UNA MISIÓN EN LA VIDA	41
4. CONVERTIR EL ATAÚD EN COMETA	57
5. LA VIDA COMO AVENTURA	75
6. A MODO DE EVALUACIÓN	97
7. HACIA LA COMETA	107
DESPEDIDA	111
AGRADECIMIENTOS.....	113
BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA	115

NOTA A LA NUEVA EDICIÓN

Desde que se publicó la primera edición de *Del ataúd a la cometa* el mundo ha venido sufriendo una de las crisis más agudas y terribles de la historia. No sólo la economía se ha resquebrajado sino que se nos han ido cayendo muchas de las instituciones que deberían haber sido nuestras guías en momentos de incertidumbre.

El vacío económico, moral, sentimental... ¡humano! de la sociedad nos ha dejado sin norte, o incluso nos lo ha señalado en lugares equivocados. Por eso, cada vez más, nos interesamos por temas relacionados con convertirnos en mejores personas, en desarrollar todo nuestro potencial y capacidad, en encontrar algunos puntos cardinales en nuestra vida. Debemos seguir predicando a los cuatro vientos que el ejercicio de vivir debe basarse en la entrega a los demás, en el servicio, en vaciarnos por completo, sin remilgos, sin evasivas. Porque en esa entrega se nos devolverá infinitamente más.

Hemos estado esperando que alguien nos sacara de este abismo. Pero eso ni ha sucedido ni sucederá. Salir de este bache es un asunto nuestro, es responsabilidad tuya y mía, amigo lector.

Cambiando nosotros un poco. Y consiguiendo así que los que tengamos cerca también cambien. Somos muchos los que desde este momento te lo agradecemos.

1. INTRODUCCIÓN

Hace más de diez años que empecé a estudiar acerca de la felicidad. A leer sobre ella, a hablar de ella, a vivirla, a sentirla y a repartirla. Porque la felicidad no hay que buscarla, hay que repartirla y en ese repartir la encontramos.

Durante mis años de estudio y de trabajo profesional me he encontrado a todo tipo de personas: las que se quejan continuamente, las que impiden a otros ser felices, las que tienen tanto miedo de avanzar en busca de la felicidad que se quedan permanentemente parados en lugar seguro, las que siempre tienen una sonrisa en los labios, las que siempre te regalan una palabra de ánimo y un momento de consuelo cuando la vida se pone complicada... Pero siempre me llamaron más la atención las primeras, las que no se dan cuenta de que esta vida es un regalo y está hecha para vivirla feliz, para disfrutarla.

Este libro que ahora tienes en tus manos lleva unos cuantos años fraguándose en mi cabeza. Básicamente desde el día en que nació mi segunda hija, Leyre. En el mismo momento en que ella nacía, a escasos cien metros estallaba una bomba. No hubo muertos y

apenas un par de heridos sin heridas graves, pero sí muchos daños materiales. Desde luego no era el mejor recibimiento para mi hija. Seguramente si pudiéramos entender lo que ocurre a nuestro alrededor cuando nacemos, caeríamos en una profunda depresión. Resulta complicado asomarse a un periódico por la mañana y encontrar una buena noticia, algo alegre, algo positivo.

Y eso me rebela. Estamos en este mundo, el mejor de los posibles, sin duda alguna, para disfrutar, para ser felices, para encontrar nuestra alegría haciendo la vida más fácil a los demás. Y parece que nos empeñamos en lo contrario: en destacar lo negativo, lo triste, lo feo, lo malvado. Recuerdo que aquella tarde de mayo en la clínica, una señora conmovida por el atentado me dijo: «Es que este mundo está lleno de asesinos y criminales». Y no es cierto. Yo no conozco a ninguno. No he cenado nunca con un asesino, ni he viajado en el AVE sentado al lado de un criminal... y procuro no hacerlo con un cenizo.

Las personas corrientes somos mayoría. Los que queremos ser felices ganamos de goleada todas las elecciones, pero pasamos muy desapercibidos. Demasiado. Nos enrocamos en nuestro pudor de no querer pregonar nuestra felicidad para que no piensen que somos unos engreídos, o unos orgullosos...

Piénsalo. No podemos dejar un legado así a nuestras generaciones futuras. Tenemos que arrinconar a esos hombres de gris de los que hablaba Michael Ende en su libro *Momo*. Sabemos que no podemos terminar con ellos, pero sí aislarlos. Todos deberíamos nacer sabiendo que tenemos el derecho y la obligación de ser felices. Por más que a otros les pese. Todos deberíamos ser como Momo. Deberíamos enseñar a nuestros hijos, a nuestros compañeros, a nuestros subordinados, junto con las matemáticas, la ortografía, los trucos de Excel o las técnicas de venta, las claves para encontrar la felicidad.

Vivir es lo mejor que nos puede pasar, pero debemos aprovechar la vida al máximo, y como dice el profesor Kittin en *El club de los poetas muertos*, «vivir intensamente y sorberle todo su jugo

a la vida. Dejar a un lado todo lo que no es la vida. Para no descubrir, a la hora de nuestra muerte, que no hemos vivido». Por eso todavía estás a tiempo de apuntarte al cambio. Serás una persona feliz. Ya lo verás. Y los que vienen por detrás de ti, te lo agradecerán.

Es lo que le ha ocurrido a Marina, a quien conocí en una sesión en Sevilla un viernes de primavera. La ciudad se preparaba para la Feria y el olor a azahar lo impregnaba todo. Dicen los sevillanos que así olía el Paraíso Terrenal.

De la sesión conservo algunos destellos: una sala muy grande, más de trescientas personas, una tarima algo inestable, mucho calor, un libro de cuentos de Jardiel Poncela que me regalaron; pero sobre todo, recuerdo las atentas miradas de casi noventa niñas de bachillerato que decían adiós a su colegio con aquel acto de graduación para dar inicio a una nueva etapa de sus vidas.

Tras la sesión, en el jardín, se sirvió un buffet. Marina se me acercó a la hora de los postres. Larga melena morena; ojos verdes y profundos cubiertos de lágrimas por la emoción de la jornada vivida; cálida mirada y sonrisa adolescente. Con ese ímpetu y esa gracia que los andaluces saben combinar a las mil maravillas, me dijo: «No sé muy bien lo que quiero de mi vida. Sólo sé que estoy convencida que haga lo que haga me saldrá bien, ¿verdad?». Mi respuesta fue inmediata: «No me cabe la menor duda».

Marina es ese tipo de persona con la que estás un rato charlando y te recargas de energía: optimista, positiva, vital, tenaz, emocionante. Gente que no necesita este libro, sino que más bien tendría que escribir uno. Gente con una misión clara en su vida: que está aquí para algo más que para aprobar la selectividad, auditar las cuentas de General Electric o mejorar el margen comercial del tomate frito en las grandes superficies. En pocas palabras, gente VIVA.

Sin embargo, frente a este tipo de personas, están los muertos vivientes, los hombres de gris, los zombis. El zombi es aquel que hagas lo que hagas te dirá que no podrás, que no lo conseguirás,

que eso ya lo intentaste y no salió. Son aquellos a los que les propones ir de fin de semana a la sierra y lo primero que contestan es: «Habrá atasco», «llorarán los niños en el coche», «lloverá». Personas que siempre encuentran una razón para quejarse. Personas que, seguramente, ya saben que este libro no les gustará antes incluso de siquiera haber visto la portada. Son ese tipo de gente a la que tratas de evitar en la máquina de café, en el ascensor, porque sabes que te van a amargar la mañana. Personas a las que enterrarán a los noventa años, pero que murieron a los dieciocho, a los veintinueve, a los cuarenta y tres...

Los primeros, la gente como Marina, encuentran siempre sitio para aparcar. Los segundos se quejan antes de arrancar el coche porque no habrá sitio. Los primeros disfrutan con cualquier cosa. Los segundos te amargan tus disfrutes. Los primeros se levantan diciendo: «Qué bien, un día más para...». Los segundos, mejor se hubieran quedado en la cama. Los primeros llenan su vida de sueños y se divierten mientras los alcanzan. Los segundos son especialistas en destrozarlos.

Por eso, desde aquí te animo a que seas firme con tus sueños. Hay que confiar en ellos y seguirlos, pues probablemente hay un zombi cerca nacido para destruírtelo. Pasas meses y meses ahorrando, visitas centenares de páginas web, lees decenas de libros y ves vídeos sobre ese destino fantástico al que deseas ir. Miles de horas de gozo y disfrute «viajando desde el sofá», pensando en lo bien que lo vas a pasar, se vienen abajo por haber cometido la indiscreción de comentarlo con uno de estos zombis. Habrá alguno que vaya a la yugular: «¡Tan lejos!, ¡estás loco!», «Te perderán la maleta», «Doce horas de avión para ver algo que, total, también está en Madrid», «¡Con el calor que hace allí en verano!», «¡Te tendrán que pinchar no sé cuántas vacunas!», «No podrás verlo todo en tres días, ¿no hay sitios más cerca?».

Cruzarse con alguien así es terrible. Y sus consecuencias son catastróficas. Las emociones negativas se mantienen activas en tu interior por mucho más tiempo que las positivas. Así que si a primera hora de la mañana te juntas con uno de esos zombis, de

ese encuentro, de ese roce, tú también terminas sintiéndote negativo. Comienzas a realizar algo con una carga negativa, y como tienes esa actitud sale mal. De modo que sigues acumulando negatividad y ya no levantas el día. Es mejor que te vayas a la cama, pues es uno de esos días en los que te preguntas por qué te has levantado. Y todo comenzó por haberte encontrado con un zombi.

A los zombis de tu entorno, ya sea en tu oficina, en tu planta, en tu colegio, en tu urbanización..., los conoces. Sabes quiénes son. Se les reconoce enseguida. Decía Cicerón que la cara es el espejo del alma. Pues es verdad. Luego Orwell dijo que cada uno tiene la cara que se merece. Aunque decir esto es más duro, es igual de cierto. El zombi tiene cara de zombi. Igual que los dueños acaban pareciéndose a sus perros, nosotros acabamos expresando hacia el exterior lo que llevamos dentro. Si dentro sólo tenemos amargura, expresaremos amargura. Si dentro tenemos paz, serenidad y alegría, se notará en nuestra expresión.

Como ejercicio, podrías sacar un folio y apuntar los nombres de cuatro zombis de tu trabajo y luego pedir a cinco compañeros que hagan lo mismo. Os daríais cuenta que coincidiríais en los cuatro nombres. Lo óptimo sería después citar a esos zombis en una sala de reuniones para decirles: «Bien, nos hemos dado cuenta que los raros sois vosotros. No aguantamos más. No nos obliguéis a dimitir. Iros vosotros». O como hizo un amigo que se llevaba muy mal con su jefe, que era el director general de la empresa en la que trabajaba. Las reuniones eran una pelea tras otra. Nunca se entendieron y cuando se dio cuenta de que la situación era insostenible reflexionó y vio dos soluciones: irse él, o que se fuera el jefe. A él le gustaba mucho lo que hacía, así que decidió mandar fuera al jefe: empezó a enviar su currículum a todos los procesos de selección que salían en la prensa. Al final lo ficharon y mi amigo consiguió volver al trabajo con alegría y motivación. Y su jefe también se fue contento.

Y ésta es la idea de este libro: pretendo que te subas a la cruzada de limpiar el mundo de esta gente. Hay que sacarlos de aquí.

Que cambien o que se bajen. Si hace falta, paramos el tren. Dice el filósofo Ángel Gabilondo: «Hay que decirle a la gente que venga a trabajar llorada de casa», lo que significa que quitarnos a esos zombis que nos rodean es nuestra lucha, porque estoy convencido, y te lo digo de verdad, que hay un complot universal para que tú triunfes. Como hay uno para que Marina triunfe. Seguro.

La casualidad no existe. Es más fácil creer que en algún sitio estaba escrito que este libro acabaría en tus manos, y que tú y yo nos íbamos a conocer, que creer que una suma de corrientes eléctricas del cerebro activaron tus sentidos para que se fijaran más en el color azul y dorado de las letras del lomo de este libro que en las verdes del libro que había a su lado en la estantería de la tienda.

Hay un complot para que triunfes. Te lo garantizo. Las fichas están puestas en el tablero y están para ti, para que juegues con ellas y seas feliz. Pero ese complot no es gratuito. Tiene dos enemigos. El primero es que de momento debes guardar el secreto: es algo entre tú y yo. Ya tendrás tiempo de pregonar que vas a cambiar, que has decidido virar el rumbo. Si cometes la torpeza de enseñarle esta página a tu compañero de avión, de AVE, de mesa, de trabajo... te dirá: «Te van a comer el coco». Pero te aseguro que no llevo una decena de años de mi vida estudiando cómo comer tu coco. Nos íbamos a encontrar, estaba escrito, sólo que todavía no lo sabíamos.

El segundo: se requiere esfuerzo. Mucho. Por eso te propongo que me acompañes con este libro por un camino que empezamos a recorrer ahora en el que voy a darte, como le di a Marina, las pautas, no sólo para que no seas un zombi, sino para que además irradies vida a tu alrededor. Para convertirte en alguien vivo, optimista, lleno de energía, capaz de disfrutar con todo y por todo. Para que juntos podamos eliminar a los zombis que nos rodean.

Lo que voy a tratar de hacer a lo largo de estas páginas es poner un poco de luz sobre tus inquietudes. Si has llegado hasta aquí, ya has hecho mucho, y eso quiere decir que el tema te interesa. Sólo pretendo ser un faro que te muestre un poco el camino a recorrer.

Lo primero que verás en este libro es que debes trazar una ruta. Saber cuál es tu punto de destino. Adónde quieres llegar. Para qué estás aquí, además de para solventar juicios de reclamación de cantidad o para gestionar los activos financieros de una familia empresarial. Ése es el punto de partida: conocer nuestro punto final, nuestro destino.

En esta ruta nos encontraremos con tormentas y corrientes que afectarán nuestra travesía, pero las solventaremos si tenemos un buen maestro que nos enseñe los secretos de la navegación, los trucos del experto para conseguir llegar a buen puerto. Para saber disfrutar de los mares en calma pero también de los temporales, de las jornadas de navegación monótona y de aquellas otras en las que el mar nos exigirá desplegar toda nuestra destreza. Además aprenderemos a diseñar un modelo que nos permita monitorizar los ejes más importantes de nuestra vida, no vaya a ser que alguna de las embestidas del mar nos rompa el palo mayor. Descubriremos, en pocas palabras, la importancia de tener un mapa, saber interpretarlo, tener un guía, tener un puerto, prever las tormentas, saberlas enfrentar con actitud positiva, y, sobre todo, ser felices.

Todos necesitamos un puerto, un mapa, un guía. Este libro, por eso, es para todos: para Marina y sus amigas, para ti y para mí. Porque junto a este libro, en las estanterías de la librería, habrá cientos de títulos sobre Management, Liderazgo y Dirección que nos presentan a grandes líderes mundiales contando sus enseñanzas: alcaldes que supieron mantener la entereza de una ciudad tras un brutal ataque terrorista, entrenadores deportivos que llevaron a sus equipos a glorias mundiales, supervivientes de una tragedia aérea, o de un campo de concentración, presidentes de importantes naciones, directores generales capaces de reflotar de la quiebra más absoluta empresas multinacionales... Sin duda todos ellos son ejemplos a seguir que nos aportan valiosísimas lecciones. Muchas de ellas las comentaremos aquí.

Pero no nos engañemos. Ni tú, ni yo, ni Marina seremos al-

caldes de una ciudad de diez millones de habitantes asolada por un ataque terrorista, ni entrenaremos a un equipo de fútbol cuya ficha mínima es de 150.000 euros anuales y que mañana ganará la Champions ni pilotaremos coches en Le Mans o entrenaremos para las próximas olimpiadas.

Por el contrario, las circunstancias de nuestra vida diaria son otras. Tenemos que estar con el ojo bien abierto para que el competidor no se adelante; debemos atender a las demandas de nuestros clientes urgentemente, en plazo y calidad; debemos ser capaces de motivar a un equipo cuyo sueldo es el mismo que el de los futbolistas de primera, pero sin el último cero; tenemos obligación de cuidar los «recursos humanos» que conforman nuestra pareja, nuestros hijos, nuestro grupo de amigos; diseñar la estrategia de nuestra vida familiar... Por eso, este libro va dirigido a «la gente corriente», a la mayoría, a nosotros.

En este libro no encontrarás algo nuevo. Lo que aquí hallarás es más viejo que el TBO: La historia de la humanidad siempre ha estado plagada de hombres y mujeres en busca de la felicidad, del equilibrio. Parece que corren tiempos duros y que estamos inmersos en una enorme crisis de valores y principios. Pero esto ha sucedido desde tiempos antiguos. Séneca en su *De la serenidad del alma* nos ofrece múltiples consejos para conseguir dicho estado, entre ellos: descansar de las tensiones del día, desterrar la tristeza que asola la sociedad, dominar la pereza, despegarse de los bienes materiales, dedicar todos los días un rato para pensar... Como vemos, las mismas soluciones de hoy a los mismos problemas de siempre. Y es que resulta que el mundo lleva más de veinte siglos en crisis. Por lo que no podemos esperar a que ésta desaparezca para que podamos entonces ser felices. Séneca dice: «¡Qué tarde es comenzar a vivir cuando hay que abandonar la vida!».

Así que a lo largo de la lectura de estas páginas aprenderás, o al menos es mi intención enseñarte, que se puede vivir y ser feliz en este mundo. Éste es el mundo en el que nos ha tocado vivir y

es el mejor que nos podría haber tocado. Es el mejor porque es el único, y eso ya es de por sí una razón poderosa. Además es un mundo divertido, entretenido, lleno de sorpresas y emociones. Lleno de sugerentes propuestas a la vuelta de la esquina, lleno de nuevos senderos por explorar, lleno de cosas vibrantes, incluso en lo más negativo, pero vibrantes al fin y al cabo. Puedes seguir quejándote o atar tus botas fuertemente y empezar a caminar. Tagore decía: «Si de noche lloráis por el sol, no podréis ver las estrellas».

Es momento de abrir los ojos y ver tanto la luz como la oscuridad, el sol y las estrellas. Pero te advierto: en este camino que recorreremos habrá tramos duros, muy duros, en los que la realidad futura te asustará y en los que el presente o el pasado te golpearán de forma virulenta; instantes en los que quizá hasta quieras dejar de seguir leyendo.

Justamente ése es mi objetivo: provocarte, descubrirete esos recovecos, esos flancos sin defensa. Será un paso muy grande que termines el libro siendo «consciente de tu incompetencia». Consciente de que no has sido capaz de mantener el equilibrio de tu vida. Abrirte los ojos para que descubras dónde te encuentras parado y cómo salir de ahí. Si eres un zombi que está en el ataúd, darte cuenta que tienes la posibilidad de conseguir la armonía, de VER, de moverte y lanzarte a volar hacia una cometa llena de vida. Eso significa que habrás dejado de ser «inconsciente de esa incompetencia», cuyo estado es peligroso y mucho más dañino de lo que te imaginas.

Todavía estás a tiempo de no moverte, de no emprender el viaje hacia la cometa. Todavía puedes quedarte tranquilo, en casa... pensando que una «conjunción astral» modificará tu vida entera. Desde el principio te lo digo: elijas el sendero que elijas, si estás dispuesto a atravesar este océano, vas a pasarlo mal. Habrá sinsabores y malos momentos. Te tocaré mucho las narices, y lo haré adrede, donde te duele, porque sé que te duele. Recorrer este camino requiere esfuerzo. Esto no es fácil. Dicen que la puerta de la felicidad se abre hacia fuera, y es verdad.

La persona feliz no nace, como tampoco nace el líder. En la maternidad de cualquier hospital no están las enfermeras levantando a los recién nacidos y diciendo: «Mira, éste ha nacido feliz», «mira, éste líder», «éste vendedor, y aquél ingeniero». Esto no funciona así. Vale. Rafa Nadal nació casi campeón. Él tiene que trabajar un poco menos que los demás para llegar a donde está porque sin duda posee unas cualidades innatas especiales. Pero los demás nos hacemos. Con esfuerzo, con tesón, entrenando con ganas e ilusión vamos consiguiendo encontrar esas anclas que nos ayudan a mejorar. A descubrir esas pequeñas cosas que nos permiten disfrutar en la vida. Porque la felicidad no es un acto concreto. De ser así, habría «pastillas de la felicidad». La felicidad es una manera de vivir, una actitud; es una forma de afrontar el hoy y el mañana; de relacionarse con los demás...

Por eso, si pensabas encontrarte el típico libro blandito de «10 pasos para ser feliz» o de «Cierra los ojos y tu vida cambiará...» te has equivocado. Devuélvelo a la librería. Si piensas que éste es el libro que te aconseja poner en tu carpeta de trabajo los cheques del Banco del Universo para que se conviertan en cheques de verdad que llegarán a tu buzón de correos con sólo desearlos fuertemente, te has equivocado de portada. Como suele decirse: «Nadie puede reír si no ha llorado antes».

La vida cuesta, y si no te cuesta es que eres raro. Así de claro. Eso es así, como dicen en el sur. Por eso éste es un libro exigente. Porque tiene que serlo. Porque la vida es un regalo con fecha de caducidad y tenemos que aprender a disfrutarla como viene. Y tenemos que aprenderlo pronto, porque no sabemos cuándo caduca.

Así que empecemos a recorrer nuestra travesía que nos sacará del ataúd y nos llevará a la cometa, que nos llevará a convertir nuestra vida en algo positivo, en una auténtica aventura, en toda una experiencia llena de deleites. A llenar la vida de vida. A colmarla de disfrutes de verdad.

Como no es lo mismo ser guapa que estar guapa, no es lo mismo ser feliz que estar feliz. Yo no voy a enseñarte el camino para estar feliz, porque ése es muy simple, muy sencillo. Se trata

de seguir las indicaciones de la brújula que conducen hacia lo gozoso y placentero pero efímero, pasajero, banal, cortoplacista... Eso es como ir al médico con tus labios, tus pómulos, tus cejas, tu nariz, tus ojos, tus orejas, tus arrugas y decirle «déjame como Grace Kelly». Y lo hará. Pero con el tiempo la máscara acabará cayéndose. Como la de todos. Como se cayó la de la propia Grace. Por eso en este libro yo te voy a enseñar la ruta para ser feliz: un estado permanente.

Y como para ser feliz se requiere honestidad, en este libro te voy a hablar desde la modestia, quizá desde la duda. Lo que leas aquí te aseguro que lo creo. Lo creo, lo vivo y lo practico de verdad. De lo contrario, no sería capaz de decirlo. No me saldría igual. Pero también sé que no es la única opción. Que no es la única ruta. Es simplemente una de las muchas que hay.

En esta lectura compartiremos tramos con otra gente. En algunos tramos nos separaremos algo, no mucho, pero sí algo. Sin embargo, ya te anticipo que la búsqueda, aunque compleja, no está muy lejana. No deberemos recorrer grandes distancias. La felicidad no está en lejanas montañas ni desiertos remotos, puesto que todo se encuentra a tu alrededor. En miles de pequeñas cosas, ideas, recuerdos, experiencias, emociones, sentimientos que hoy tienes la impresión de no sentir, de no ver; pero que allí están llamándote para que les otorgues el valor que tienen, para que les des una oportunidad en tu vida. Y te des la oportunidad de tu vida porque, como dice el gran poema de Cavafis: «Ten siempre a Itaca en tu pensamiento. Tu llegada ahí es tu destino. Mas no apresures nunca el viaje. Mejor que dure muchos años y atracar, viejo ya, en la isla, enriquecido de cuanto ganaste en el camino sin aguardar a que Itaca te enriquezca».

Porque el camino es el sentido y no la meta. Y la felicidad está en esa fonda, en aquella fuente, en aquel cruce, no en la llegada. La felicidad está dentro, no fuera de nosotros. Ya nos lo explica la mitología griega cuando dice que la diferencia entre los dioses y los humanos es que los primeros poseen la felicidad y los hombres no. El mito cuenta que un día en el Olimpo los dioses deci-

dieron esconderla para que ningún hombre fuera capaz de encontrarla. Poseidón, dios del mar, ofreció enterrarla en la fosa más profunda del océano. Pero desistieron de esa idea porque seguro que algún humano encontraría el camino. Eolo, dios del viento, propuso colocarla en la cima de la montaña más alta, pero también desistieron porque algún escalador avezado llegaría a conseguirla. Entonces Zeus, rey de los dioses, dijo: «Escondámosla dentro de los hombres, ahí seguro que no la buscarán jamás».

Y es que se nos olvida buscarla. Es como cuando las parejas que atraviesan una crisis miran hacia atrás y dicen: «te acuerdas cuando íbamos a...», «recuerdas lo bien que lo pasamos en...» o «y si se repitiera»... Consideran otros tiempos pasados como felices, momentos que les gustaría repetir. Y aun así aquel instante no supieron aprovecharlo al máximo. No les bastó la vida. No la vieron. Sólo cuando la distancia, el dolor, la frustración, la ruptura, la traición, la infidelidad, se cruzaron en su camino, sólo entonces valoraron aquello que disfrutaron y que ya no volverá. Así que más bien, ¿no será que somos felices y no nos damos cuenta?

No, no pienses mal. No quiero convencerte. No es mi intención dogmatizar sobre el tema. Éstas son simplemente las ideas de alguien que ha visto mucho, que ha escuchado mucho, que ha leído mucho. Y mi único objetivo es hacerte reflexionar, hacerte pensar y sobre todo provocar que actúes, que cambies, que te pongas en marcha. La idea es darte las pautas para que seas consciente de lo que llevas dentro, sacarlo a la luz y que veas que siempre ha estado ahí.

Una vez le preguntaron a Miguel Ángel cómo podía hacer para producir maravillas como el David, y él contestó: «¡Si es tan fácil! La escultura que ha de salir está dentro del bloque de mármol. Sólo es cuestión de ir quitando con los golpes todo lo que le sobra».

Eliminemos entonces todo lo que le sobra a tu vida. Lo que te estorba para ser feliz. Por eso no leas estas páginas como una guía de lo que te gustaría ser, como un canto melancólico de «lo que

pudo ser y nunca será». No. Lucha por serlo. Sé el protagonista. Anota las cosas que te gusten, las ideas que vayas a poner en práctica, y lánzate. «Hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes», le dice el Maestro Yoda a Luke Skywalker.

Proponte desde ahora ser el protagonista de una vida llena, de una vida plena. No te conformes con ser sólo el apuntador. No pidas ser el pianista que matan al principio de la película. Pide ser Indiana Jones, que siempre gana. Atrévete a cruzar de mi mano este océano con la mente abierta, sin prejuicios adquiridos, sin excusas, con ganas de aprender, olvidándote de compadecerte, dejando atrás viejos vicios y prácticas adquiridas. Emprendamos juntos el viaje del ataúd a la cometa.